

Teresa López-Pellisa: *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2016, 279 pp.

Siempre es buena noticia que una investigadora española publique un libro que, por su contenido y también por el sello editorial en el que aparece, pueda tener muy buena proyección internacional. La dra. Teresa López-Pellisa firma un estudio que ya en su título plantea una serie de palabras clave de gran interés y sobre las que pivotan, a juicio del que esto suscribe, una parte esencial de los estudios culturales actuales: realidad virtual, cibercultura, ciencia ficción. El futuro siempre es algo incierto pero en él podemos leer también nuestro presente. Durante largo tiempo hemos especulado sobre por qué el futuro representado en tantas obras de arte es el que es y dicha especulación solo puede responder, en un primer momento, a las grandes preocupaciones que provoca nuestro inevitable presente. Así que estamos ante un libro que no es otra cosa que una imprescindible herramienta de intervención sobre nuestra realidad. Pero no corramos tanto y hagamos algunas precisiones previas para no incurrir en los pecados típicos del mundo de las reseñas académicas. En primer lugar debo declarar que conozco personalmente a la autora y que, además, comparto con ella intereses académicos, ya que durante largo tiempo he dedicado no pocos esfuerzos a pensar sobre temas muy similares, por no decir los mismos. El que conozca y respete tanto su trabajo como su formación no creo que interfiera en mis juicios. Al menos así lo espero. En lo que respecta a los intereses que compartimos supondremos que eso remarcará a favor de la comprensión del libro y me permitirá emitir mejores juicios, huyendo en la medida de lo posible de ese mal tan extendido entre los reseñistas como es el de querer reescribir los libros de los autores analizados y olvidar cómo y por qué han sido escritos.

Lo primero que salta a la vista cuando abrimos el libro es que la autora lo ha estructurado en dos partes diferenciadas. Una primera parte que funciona a modo de glosario y que nos permitirá adentrarnos en los conceptos esenciales a partir de los cuales analizará posteriormente una serie de obras de ficción que considera esenciales. Y una segunda parte en la que discurre por lo que llama "patologías" de la realidad virtual. Parece que ya desde el sumario la autora se acerca en cierta manera a esas visiones más tecnofóbicas que nos recuerdan la cara oscura de nuestras cotidianas tecnologías, las presentes y las que hayan de venir. Sin que necesariamente se pronuncie en contra de las enormes posibilidades que conlleva la virtualización de la vida cotidiana, López-Pellisa entiende los riesgos de depositar en complejas tecnologías de la imagen la esperanza sobre un futuro más brillante que, a día de hoy, se nos antoja todavía lejano. Y es que los temas que toca son cuestiones esenciales e insoslayables. Los más habituales

rezan así: ¿Crearemos seres digitales capaces de pensar y autorreplicarse? ¿Podremos “salvar” nuestra conciencia en algún dispositivo portátil? ¿No expresamos con nuestros anhelos de virtualización un deseo de trascendencia que no es más que la actualización de viejas creencias religiosas sobre el más allá? ¿Hemos cedido el control de nuestras vidas a una serie de pantallas que nos devuelven aburridos criterios de vida eficiente? ¿Por qué diablos queremos ver, tocar y experimentar entornos virtuales en 3D cada vez más completos y perfectos?

El que la ciencia ficción haya especulado sobre estos temas durante muchos años es una cosa, pero que cada vez la realidad vaya atrapando más y mejor a la ficción científica ya es otra muy distinta. Aquí radica uno de los problemas clave y más difíciles de solucionar que complica, y mucho, el trabajo de críticos y analistas. Al final acabamos tomando como excusa la ficción pero lo que queremos es hablar de la realidad, intervenir y posicionarnos sobre ella. Posiblemente lo hacemos porque los planteamientos y temas estudiados nos parecen demasiado importantes como para limitarnos al marco ficcional. Y eso, lejos de ser negativo, es seguramente un punto a favor de nuestra actividad como críticos culturales. Si esa actividad tiene o no alguna repercusión social tangible más allá de los círculos académicos es ya harina de otro costal. La autora juzga bien los productos de ficción de los que habla, los conoce y los maneja a la perfección. Viaja desde los clásicos hasta el *anime* japonés, transita por cine y literatura, y elabora finalmente una lista de productos más que suficiente para justificar su investigación. Es en el salto del análisis textual al cultural –histórico, contextual o a la propia realidad, si queremos– donde podemos establecer una discusión más productiva con la autora. Cuando habla de los simulacros afirma que “la tecnología de realidad virtual no pretende que reneguemos del espacio real y, por tanto, no consideramos pertinente rechazar las posibilidades ofrecidas por un espacio digital que hemos construido entre todos. Pero sobre todo, considero que sería un error convertir la Realidad en un fetiche o algo sagrado” (123). Sinceramente, no creo que sea el tema a tratar. Me explico. En ocasiones la doctora López-Pellisa realiza este tipo de afirmaciones guiadas por el sentido común, su aprecio y respeto por la tecnología, y un sentido de la responsabilidad que la lleva a pronunciarse con cautela sobre las propias patologías que ella ha definido. Y sobre el tema de los simulacros deberíamos decir alguna cosa. En primer lugar que la tecnología de realidad virtual sí pretende, en ocasiones, que reneguemos y olvidemos el espacio real. No la tecnología en sí, que no es nada, ni buena ni mala, sino algunos de sus usos y aplicaciones. La virtualización de la experiencia ha conllevado no pocos sinsabores –también grandes logros, por supuesto– y por el camino hemos dejado demasiadas cosas ya. Que se lo pregunten a nuestros compañeros periodistas. Tampoco se trata de rechazar las posibilidades ofrecidas por un espacio digital que, y en esto disiento profundamente de la autora, no hemos construido entre todos, sino de permitir que aquellos que quieran vivir al margen lo puedan hacer sin demasiados problemas. Y, lamento decirlo, la realidad, a veces, sí tiene un carácter sagrado –vamos a tomarnos esta palabra no en su sentido religioso–, como la verdad, porque en caso contrario todo acaba convertido en una derivación fruto de aplicar el prefijo pos

a lo primero que se nos ocurra. Ahora se lleva la posverdad como concepto, una idiotez más para simplemente calificar lo que es mentira. O la posrealidad, que también suele ser el refugio de quien no tiene arrestos de describir la realidad tal y como es –sí, incluso sería posible intentar hacer una descripción más o menos justa tras haber tomado café con Derrida, Foucault, Deleuze y sus múltiples hijos bastardos-. Parece que algunos han querido aprender mucho de Derrida pero poco de Merleau-Ponty. Igual nos hace falta un poco más de fenomenología y menos deconstrucción acelerada –para eso ya tenemos a tanto político iletrado suelto por ahí-. Pero reconozco que estas consideraciones son más bien obsesiones personales del que esto suscribe más que reproches al texto que nos ocupa y que mis inferencias podrían estar lejos de las intenciones de la autora, aunque puede que no del texto en sí –y aunque el texto habla por sí mismo estamos ante una construcción conceptual muy compleja y que requiere mucha lectura entre líneas-. Afortunadamente la autora no cae en la celebración fácil. Y además se agradece que se pronuncie explícitamente, máxime cuando estamos muy acostumbrados a los textos que glosan y glosan sin llegar a ningún sitio. Deben ser problemas de la posverdad.

Otro de los temas que preocupan mucho a la autora es el de la mente incorpórea, la idea de los poshumano, en general. Ahí, como en otros puntos del libro, la autora se muestra generosa y precisa en la cita y en la elaboración de una genealogía necesaria para poder opinar a partir de su recorrido intelectual que mezcla referencias clásicas y contemporáneas –en la línea seguida en todo el libro-. Es un mérito del libro ocuparse de muchos conceptos que posiblemente redefinirán nuestro inevitable futuro: genómica, virtualización, simulacro, transhumanismo, entre otros. Y la riqueza conceptual que exhibe el texto requiere de unas conclusiones extensas e igualmente productivas, porque se necesita más a la autora en esos compases finales del recorrido. Pero se entiende que todo texto tiene un límite de páginas y que las quinientas páginas que habría merecido la aportación de la dra. López-Pellisa son veneno para las editoriales.

Sí deberíamos decir un par de cosas antes de acabar. El texto pivota, al menos en una parte importante de sus páginas, sobre un concepto ausente. El de la distopía. Y ese concepto tiene una serie de implicaciones políticas que apenas se insinúan en *Patologías de la realidad virtual*. Porque todo ese mundo de virtualizaciones forzosas y duplicaciones omnipresentes ha redefinido nuestro concepto de lo que es una democracia liberal informada y creo, sinceramente, que los lectores habrían deseado saber qué opina la autora al respecto. Son terrenos pantanosos pero, al final, ineludibles para quienes estamos interesados en estos temas. Consecuencia de ello son algunas omisiones en la bibliografía, algo lógico si pensamos que al estirar de los diferentes hilos que plantea el libro nos encontraríamos con una lista infinita de autores. Eso sí, algunas aportaciones sobre ciencia de redes, como las de Duncan J. Watts, textos sobre ciencia cognitiva de Daniel Dennett o apreciaciones sobre la distopía de Tom Moyland, por citar tres posibilidades, son buenos y necesarios complementos a lo que plantea la autora. La única cuestión que sí me voy a permitir criticar abiertamente del texto es un error común que en muchas ocasiones se debe a criterios editoriales,

pero que debe desterrarse porque impide seguir bien, precisamente, la genealogía de algunos conceptos. Se trata de la falta de consignación de las fechas originales de edición de las obras incluidas en la bibliografía. Francis Bacon no escribió *La Nueva Atlántida* en el 2006, eso ya lo sabemos, pero sí necesitamos la fecha original más allá de la fecha de la edición manejada. Parece una cosa menor, y en cierto modo lo es, pero despista innecesariamente. La forma de consignar la filmografía tampoco me parece muy ortodoxa, otra obsesión personal. Dejando de lado estas pequeñeces, el texto merece no solo nuestra atención, sino el ser trabajado, comentado, leído, utilizado, discutido y contestado, porque únicamente así adquirirá todo su sentido. Estamos demasiado acostumbrados a que el mundo académico nos suministre contenidos que en su forma libro suelen servir, salvo en círculos concretos del mismo mundo que los suministra, para ocupar espacio en las estanterías. Y este libro habla de nosotros, no de cuatro académicos con gustos raros y lecturas inquietantes, sino de nuestra sociedad, del posible futuro que nos aguarda, de nuestro inevitable presente. Y leerlo es una buena manera de entender qué podemos llegar a hacer para evitar que nuestro entorno se convierta en una patología constante, por mucho que en tantas ocasiones parezca que habitamos ya en un corredor sin retorno.

IvÁN Gómez
Universitat Ramon Llull
ivangg@blanquerna.url.edu